

PRÓLOGO

Es ya un tópico comúnmente aceptado que la aportación de nuestra región al ámbito universal de las manifestaciones artísticas tiene una singular relevancia durante el período prerrománico, hasta el punto de que el término “asturiano” identifica una parte significativa de esta producción que excede los límites de lo que hoy es Asturias.

Naturalmente, dentro de la época, es muy desigual tanto el valor artístico como el grado de conservación y, por tanto, de adscripción estilística de los numerosos ejemplos que integran el conjunto de que tratamos.

En contra de lo que parece deducirse de una didáctica divulgadora, frecuentemente superficial y acrítica, son muy escasas las muestras de origen medieval que llegan hasta el presente conservando su inicial unidad de estilo, época y autoría. Por el contrario, la mayoría de ellas han recorrido la historia recogiendo en sus fábricas contribuciones de épocas y culturas diversas hasta constituir el agregado histórico que hoy conocemos.

Lo frecuente es, pues, el edificio rural de factura modesta, tanto en su traza como en su ejecución, sucesivamente modificado en su devenir histórico a partir de los distintos requerimientos —funcionales, constructivos, decorativos...— que la arquitectura en uso suele sufrir. No olvidemos que el respeto por lo antiguo es algo tan relativamente reciente que, en muchos casos, está aún en trance de asimilación. No debe extrañarnos, por tanto, que desde un sentido de apropiación patrimonial se haya sometido, históricamente, a los edificios a un continuo proceso de refacción actualizados para adaptarlos a las necesidades, aspiraciones o posibilidades de promotores y usuarios. (Tras contemplar, profesionalmente, tantos de estos casos, lo asombroso es, más bien, constatar la aparición y supervivencia de ejemplos en contrario. Referidos a su época y contexto Santullano, Naranco o Lillo son, estética e históricamente, mucho más que singularidades dentro de un conjunto y, sin embargo, ni siquiera Santa María —que hasta 1929 no recuperó su configuración de origen— y San Miguel —arruinada más de su mitad— logran eludir avatares históricos distorsionantes].

Pues bien, en todo caso el presente libro se ocupa de lo prerrománico que en cada uno de los edificios tratados se contiene y conserva. Y aquí entra, para discernir entre modos y momentos, para desvelar y adscribir, para relacionar y valorar, la historia como disciplina rigurosa y la arqueología como soporte sólido de la anterior.

César García de Castro es doctor en Historia y arqueólogo en ejercicio. Lo medieval y, particularmente, lo prerrománico ocupan el núcleo de su extenso saber y de su intensa dedicación profesional. Su tesis doctoral, presentada en 1993, trata de la Arqueología Cristiana de la Alta Edad Media en Asturias y no es para llevar a la cama. Recorre y examina todo el campo que su título anuncia, de forma pormenorizada y con vocación de objetividad, constituyendo una actualización de todo el conocimiento sobre el tema. Es documento de consulta obligada para el profesional que no excluye a cualquier interesado. Quienes conocemos profesionalmente a César, incluso desde distintas disciplinas, sabemos que no da nada por supuesto. La arqueología no es el lugar de la conjetura sino el de la constatación. En ocasiones descubre o verifica, en otras se limita a acotar y delimitar la incertidumbre. Y cuando, a partir de la certeza, debe extrapolar la especulación —las fuentes documentales son frecuentemente escasas— ésta debe presentarse como tal.

Fruto del mismo método disciplinar, es ya costumbre en el autor leer las fuentes en sus versiones y lenguas originales, suprimiendo intermediarios y, con ellos, riesgos de interpretaciones erróneas, lo que acabó llevándole, sobre el conocimiento de las lenguas muertas de Occidente, al dominio de la mayor parte de las vivas, poco más que como efecto secundario de su quehacer laboral y refiriéndonos, desde luego, a las consideradas clásicas. La preparación de su tesis se desarrolló en Alemania, cerca de las aportaciones a este campo de H. Schlunk y en sus primeros pasos profesionales formó parte del equipo del Instituto Arqueológico Alemán que trabajó en Lillo.

El conjunto monumental de Valdediós ocupó varios años de su labor que comprende, por el momento, una nueva incursión en el Naranco —esta vez en el entorno próximo de Santa María—, la catedral de Oviedo —empeños, estos últimos, que tuvimos la suerte de compartir— y el conjunto exhumado en el solar de la antigua iglesia parroquial de San Juan el Real.

Así pues, éste es un libro de divulgación que asume la tarea de extender conocimientos y atender la demanda social, pero convendremos en que, en modo alguno, es un libro vulgar. La calidad editorial y la prestancia gráfica escapan, felizmente, a la retórica, así que no es cosa nuestra ponderarlas. La solvencia de los contenidos es el resultado

de la síntesis de lo extenso y de la depuración de lo complejo. Es decir, no estamos ante el esfuerzo ahogado del aficionado entusiasta que ojea, combina y recopila, espigando de aquí y de allá y terminando por ofrecer compendios heterogéneos para un público supuestamente desinteresado. En este caso es todo lo contrario.

Así, a través de su ya mencionada tesis doctoral, el autor ha tratado el tema en extensión y profundidad como, posiblemente, no se había hecho, hasta el momento, en un único trabajo. Esa enorme obra es la que aquí se sintetiza y se ofrece al interés general en la forma amena y sencilla de la ficha monográfica referida a un edificio o a alguna de sus unidades decorativas.

Este formato es especialmente accesible para el lector y, por ello, adecuado al propósito que rige la presente publicación. Trata de equilibrar textos e ilustraciones. Estas comprenden panorámicas ambientales que muestran los entornos y detalles específicos de gran proximidad que acercan calidades materiales y texturas, sin olvidar los habituales planos medios del objeto en su conjunto. Los textos superan la descripción y la reseña histórica para adentrarse en el significado de lo expuesto e incluyen, como aportación más original, extractos de fuentes documentales de la época.

En el fondo de eso se trata. Al margen de todo triunfalismo retórico y de cualquier asomo de complacencia autista, cuanto aquí se expone forma parte, en su modestia, de lo más significativo que, en esta materia, hemos sido capaces de ofrecer a la comunidad universal, lo cual no nos hace distintos ni “diferenciales”, sino, sencillamente, como somos.

Cosme CUENCA y Jorge HEVIA,
arquitectos.